

EL NIÑO PERDIDO.

COMEDIA EN UN ACTO

DE D. LUIS FERNANDEZ-GUERRA.

Representada en el teatro del Principe el 3 de marzo de 1855.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor núm. 2.
1855.

73681

La propiedad de esta comedia pertenece al Director de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

A los Actores.

*Debiéndose á la inmejorable representación
de este juguete cómico su feliz éxito, se com-
place en reconocerlo así y hacer pública su gra-
titud*

Luis Fernandez-Guerra

PERSONAS.

ACTORES.

LA CONDESA, 25 años.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
DOÑA MAXIMA, 60.....	DOÑA LORENZA CAMPOS.
INOCENCIO, 18.....	D. JOAQUIN ARJONA.
EL CONDE, 70.....	D. FERNANDO OSSORIO.
SANTIAGUILLO, lacayo.....	D. FERNANDO CUELLO.
Damas y caballeros.	

Nota. El actor que desempeñe el papel de Inocencio procurará no dar segunda intencion á las palabras.

ACTO ÚNICO.

Sala-tocador en casa de la Condesa. Puerta en el foro, por donde se descubren iluminados los salones de baile. A la derecha, en primer término, un vis-á-vis de ruedas con banquetilla para los pies, y un velador; en segundo balcón practicable con persianas de cortina medio corridas y colgadura. A la izquierda, consola con espejo, reló de cuadro y la puerta que conduce á la alcoba de la Condesa. La habitacion estará iluminada por una lámpara de buen gusto. Sobre el vis-á-vis aparecerá una rica manteleta.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, conduciendo á DOÑA MÁXIMA. INOCENCIO, vestido de chaquetilla, le sigue. A poco aparece SANTIAGUILLO. Todos por la puerta del foro:—*Se oye á lo lejos la música del baile, y se ven cruzar algunas parejas.*

CONDESA. En esta sala, que es mi tocador, y por lo tanto la única de toda la casa que no se encuentra esta noche á disposicion de mis convidados, podemos descansar y charlar algunos instantes sin temor de que nos interrumpan.

MÁXIMA. No sabes cuánto te agradezco que me hayas sacado de

aquel purgatorio! Cuchicheos por aquí, risotauas por acullá; uno me pisa, otro me estruja... Ufl si ya me faltaba la respiracion. Las tertulias de mi tiempo eran otra cosa: juegos de prendas, relaciones, cancioncitas á la guitarra, sus contradanzas de cuando en cuando; en fin, entretenimientos tranquilos y decentes; como que los hombres se collocaban á un lado y las mujeres á otro.

CONDESA. Desengáñate. En ninguna época se han divertido las muchachas separadas de los muchachos. Di que es demasiado numerosa la concurrencia que favorece mis reuniones, y te confesaré que tienes razon.

MAXIMA. Tu rango y tu amabilidad son un poderoso atractivo.

CONDESA. Gracias. *(Aparte.)* Y sobre todo mi buffet.

MAXIMA. No sé cómo tienes cabeza para atender á tantas personas.

CONDESA. La necesidad puede mucho. Y quién habia de sustituirme? Mi marido? Los hombres no sirven para el caso. En tales ocasiones los mas obsequiosos y atentos solo se acuerdan de las que les parecen bonitas.

INOCENC. *(Aparte.)* Pues ninguno se ha acordado de mi mamá.

CONDESA. A propósito (ya se me olvidaba), quieres tomar alguna cosa?

MAXIMA. Bien: tomaré.

INOCENC. *(Aparte.)* Por qué no ha dicho tomarémos?

CONDESA. *(A Santiaguillo, que aparece por el foro.)* Santiago?

SANT. Qué manda usía?

CONDESA. Sirve á esta señora.

MAXIMA. No tengo apetito. Tomaré un refresco cualquiera. *(Santiaguillo se retira.)*

INOCENC. *(Aparte.)* Está visto: no me dan vela en este entierro.

CONDESA. Sentémonos; si te parece.

MAXIMA. Con mil amores. *(Se sientan la Condesa y doña Máxima en el vis-à-vis. Inocencio coge una silla y se coloca á la derecha, muy pegadito á su mamá.)*

INOCENC. *(Aparte.)* Gracias á Dios que he podido atrapar una silla!

CONDESA. Quién es este caballerito?

MAXIMA. Mi hijo Inocencio. Es posible que no le hayas reconocido?

CONDESA. Nada tiene de extraño. Cuando me vine de Valladolid era una criatura, y ahora me lo encuentro hecho un hombre; todo un hombre.

- MAXIMA. No tanto, mi querida Condesa, no tanto. Inocencio es un niño todavía.
- INOCENC. (*Aparte.*) Sí, niño!
- MAXIMA. Pero, ya se ve, como se ha desarrollado tan pronto!... Como mis hijos son tan robustos!...
- CONDESA. No tendrías igual suerte si se hubieran criado en Madrid. Aquí suelen ser muy precoces, pero en otro sentido.
- MAXIMA. Ya lo supongo. Por fortuna mi hijo Inocencio es un niño muy niño, y tan cándido como niño.
- INOCENC. (*Aparte.*) Dale con el niño! (*Aparte a su madre.*) Mire usted que me estoy cayendo de sueño.
- MAXIMA. (*Aparte a Inocencio, tirándole un pellizco.*) Calla.
- INOCENC. (*Aparte.*) Ay!...
- MAXIMA. Y muy bien educado, aunque me esté mal el decirlo.
- CONDESA. Peor te estaría no poderlo decir.
- INOCENC. (*Aparte a su madre.*) Mire usted que si se prolonga la conversacion me marchó a mi casa.
- MAXIMA. (*Aparte a Inocencio, tirándole otro pellizco.*) Insolente!
- INOCENC. (*Aparte.*) Ay!...
- MAXIMA. Y eso que mi sistema de educacion es el mas blando y amoroso...
- INOCENC. (*Aparte y llevándose la mano a la parte dolorida.*) Se conoce.
- MAXIMA. Solo en materias de moralidad soy inexorable. Mis hijos, mientras son pequeñuelos, como este, no se separan un solo punto de mi lado. Nada de callejeo; café, teatros y amiguitos, ni por asoma. Tiempo tienen de sobra para aprender cosas de mundo cuando son hombres.
- CONDESA. Aquí seguimos un sistema enteramente distinto.
- MAXIMA. Así saldrá ello.
- CONDESA. No sale muy bien. Nuestro método produce, desgraciadamente, el mismo resultado que el tuyo.
- MAXIMA. Qué quieres decir?...
- CONDESA. Digo que unos aprenden en la calle y otros dentro de casa. Pero todos aprenden. — Tú no tienes criados?
- INOCENC. (*Aparte.*) Toma!... Y criadas tambien.
- CONDESA. En ninguna parte faltan maestros.
- MAXIMA. (*Con disgusto.*) Dejemos esta discusion para mas adelante. (*Aparte a la Condesa.*) No me parece oportuno despertar al que duerme. (*Señalando a Inocencio.*)

CONDESA. Bien está. (*Aparte.*) Qué rarezas! (*Vuelve Santiaguillo, trayendo dos bandejas con dulces y refrescos. Sirve a doña Máxima; las deja sobre el velador y se retira.*)

MAXIMA. No quiero más.

CONDESA. (*A Santiaguillo.*) Déjalas sobre el velador. (*Vase Santiaguillo.*)

INOCENC. Ya que no me dan otra cosa sino pellizecos, prefiero dormir. (*Apoya la cabeza sobre el vis-à-vis.*)

MAXIMA. Y qué me dices de tu marido?

CONDESA. Tan celoso como siempre y mas enamorado que nunca.

MAXIMA. Celoso de ti?

CONDESA. Y enamorado de todas. Es su comidilla.

MAXIMA. Un hombre que ha pasado de los sesenta!... Imposible.

CONDESA. El Conde se rejuvenece cada veinte años: en mil ochocientos ocho era un petimetre, el treinta un lechuguino, y ahora es un pollo hecho y derecho. No perdona ninguna noche; aun cuando tengamos reunion, su vistazo por el casino; se recoge á las cuatro de la mañana; se levanta á las tres de la tarde; y despues de la mas esmerada *toilette* se estaciona en la calle de la Montera.

MAXIMA. Es minero? Juega á la Bolsa? (*Inocencio se duerme.*)

CONDESA. Nada de eso. Como en aquel sitio hay muchas tiendas, las muchachas concurren, y él...

MAXIMA. (*Esquivando la conversacion.*) Comprendo, comprendo.

CONDESA. No se le escapa ninguna sin su correspondiente piropo. De las morenas encarece la gracia, de las blancas el cutis, de las flacas el talle, de las gruesas...

MAXIMA. (*Interrumpiéndola con ansiedad.*) Si, si, ya estoy al cabo de todo.

CONDESA. Pero no vayas á pensar por esto que estoy celosa. El Conde es como los perrillos falderos: ladran, pero no muerdon.

MAXIMA. (*Impacientándose por grados.*) Ya!

CONDESA. Otros hay peores, que las pillan á tiento y las matan...

MAXIMA. (*Próxima á estallar de coraje.*) Seguro!

CONDESA. Las faltas aparentes, en nosotras son imperdonables; pero en los hombres no valen nada. Ademas es preciso dar á cada tiempo lo que es suyo. La vejez y la juventud son dos crepúsculos, dos extremos que se tocan; y mi marido hace ahora lo que hará tu hijo dentro de algunos meses.

MAXIMA. (*Levantándose furiosa.*) Por la Virgen santísima!...

CONDESA. (*Levantándose sorprendida.*) No creo haber dicho ninguna palabra...

MAXIMA. Demasiado. Delante de los niños es necesario medir mucho las expresiones.

CONDESA. Si se tratase de una doncella.... Pero pierde cuidado, no me volveré á deslizar. (*Ap.*) Qué extravagancia! (*Desde el instante en que se levanta la Condesa el vis-à-vis empieza á rodar imperceptiblemente sobre la alfombra, desviándose de la silla que ocupa Inocencio.*)

MAXIMA. Quisiera saludar á tu marido antes de marcharme. No le he visto en toda la noche.

CONDESA. No le has visto? Estará ombobado delante de algun rostro hechicero... Perdona, no me acordaba de tu niño. Cuando le referí tu llegada tuvo una agradable sorpresa; me encargó repetidas veces que no dejara de convidarte. Despues no ha cesado de preguntarme por tí. Oh! te profesa el cariño mas verdadero...

MAXIMA. Es muy amable, muy amable. Somos antiguos amigos; y aun en cierto tiempo tuvo la ocurrencia de... de hacerme el amor.

CONDESA. Silencio... Si lo hubiera escuchado tu niño!...

MAXIMA. (*Picada.*) Vamos?

CONDESA. Vamos, y á él te presentaré. (*Vanse las dos.*)

ESCENA II.

INOCENCIO dormido: Al concluirse la escena anterior es tanta la distancia entre el vis-à-vis y la silla, que á poco de salir Doña Maxima y la Condesa pierde Inocencio el punto de apoyo, cae y se despierta.

INOCENC. Dios me asista!... Dónde he caído?... Y debo encontrarme solo, cuando nadie se duele ni se rié de mi desgracia... Dónde estoy?... Ah! en el baile. Maldito baile! (*Se levanta.*) Luego estaba soñando? Luego no es verdad?... Eso es. Soñaba que al otro lado de un foso estrechito, pero profundo, habia una cosa que me agradaba sobremanera. Tiendo la mano para asirla, y se aleja de mí; estirome, y se retira cada vez mas; hago él último esfuerzo; y..... pataplum! me despeno por aquel precipicio. Pero, señor, qué era lo que yo deseaba coger?... A mi madre?... Quiah!... A la Condesa!..

Tampoco. Para qué necesitaba yo á mi madre ni á la Condesa?... (*Reparando en los bandejas.*) Ajaja! Los dulces. Si sabré yo lo que me sueñó! No, pues á buen grito buen bocado. (*Coge un dulce en cada mano y se sienta en el vis-á-vis.*) Qué milagro será este de haberme dejado solo mi señora doña Máxima, á pesar de su inexorable sistema de educacion? Reniego yo de su sistema! Acostarle á uno todas las tardes del año (quieras que no) cuando se recogen las gallinas, para hacerme velar esta noche, quién sabe? quizá hasta las cuatro de la mañana! (*Mirando al reló de cuadro.*) No digó? La una y media. Pues yo lo he de pasar de la mejor manera posible. (*Se tiende sobre el vis-á-vis.*) Qué blando está esto! (*Levantándose rápidamente.*) Zape! Si me pillan tendido á la larga... Dónde me colocaria yo, que pudiera comer á lo menos con alguna tranquilidad?... En el balcón? Perfectamente: aquello está oscuro y... Abastecerémos la despensa. (*Deposita dentro de la gorra los dulces que quedaron en la bandeja.*) Esto es. (*Bostezo.*) Aaaa... Y por qué no he de llevarme una silla? (*Tomándola.*) No encuentro inconveniente. Ahora al agujero. (*Delenciéndose.*) Ay, cómo me duelen los pe-
lizcos y el batacazo! Yo podré no figurar en el mundo? pero la educacion de mi mamá es la mas apropiado para hacer cardenales. (*Se entra en el balcón.*)

ESCENA III.

INOCENCIO, dentro del balcón. SANTIAGUILLO.

SANT. Paréceme que despacharon. Despacharon. Recogerémos las bandejas.. Diantrol No tenia ganas, y se ha comido todos los dulces? Qué barbaridad!... No hay para despertar el apetito como comerá costa ajena. Pues, si me descuelgo con un pavo trufado se le engulle del mismo modo... Y hubiera hecho bien. El confesar el hambre podrá no estar muy en boga, pero el tenerla y desquitarse cuando se presenta una coyuntura... ya, ya! Mientras fui camarero en casa de Lardi tuve ocasion de averiguarlo. Los ministros, los diputados, los que hacen periódicos, los que se casan, los que en-
viadan, todos, todos celebran el contento propio y el

desgusto ajeno con una comilona.—Pero no acabo de comprender cómo sea de buen tono el refrescar con estos enjuagues. A mí me entonan mas un par de chicos de Cariñena. (*Viendo venir al Conde.*) El señorito. Desempeñemos la obligacion. (*Coge las bandejas y vds.*)

ESCENA IV.

INOCENCIO, dentro del balcon. DOÑA MÁXIMA, EL CONDE. Durante el siguiente diálogo se van oscureciendo los salones del baile, y cesan de cruzar las parejas.

CONDE. Pero qué busca usted por aquí, doña Máxima?

MAXIMA. (*Con ansiedad y mirando hacia todas partes.*) Perdónese usted. He perdido de vista á mi niño y...

CONDE. (*Aparte.*) Un pretexto para que la pueda hablar sin testigos... El demonio son las mujeres! Veinte años hace no hubiera desperdiciado la oportunidad, pero ahora...

MAXIMA. Nada: ni aquí tampoco.

CONDE. (*Aparte.*) Lo dices por mí, ó por el chiquillo?

MAXIMA. No parece por ninguna parte.

CONDE. Pierda usted cuidado, por ahí andará.

MAXIMA. Y si se me hubiese perdido?

CONDE. Cómo, señora? Crea usted posible que se extravie ó se cambie una criatura dentro de mi casa? Si se tratase de un sombrero, no digo que no; precisamente todas las noches...

MAXIMA. Y quién me asegura que mi hijo se encuentra á estas horas dentro de su casa de usted?

CONDE. Teme usted que se haya caído por alguna ventana?

MAXIMA. No, señor; temo, y con fundados motivos, que se haya salido por la puerta. A las dos de la noche; y él que no conoce las calles de Madrid!

CONDE. Eso es ponerse en lo peor. Indagaremos primeramente...

MAXIMA. Ya he suplicado á la Condesa que averigüe de los criados...

CONDE. (*Aparte.*) Para alejarla de nosotros. Lo que discurren estas jamonas!

MAXIMA. Es claro: me amenazó con que se marcharía y... Pero; si yo no he debido traerle, Dios santo! Qué le habré sucedido?

- CONDE. Sosiéguese usted, siéntese usted. (*Ofreciéndole una silla.*)
- MAXIMA. (*Sentándose.*) Si, señor; necesito tranquilizarme. (*Dándole una mano.*) Vea usted, estoy toda convulsa.
- CONDE. (*Tomándola.*) Los nervios... (*Aparte.*) Pues tiene el cutis bastante suave todavía.
- MAXIMA. Usted no extrañará...
- CONDE. (*Aparte.*) Friolera! Si parece imposible.
- MAXIMA. Soy tan impresionable...
- CONDE. Lo mismo me sucede á mí.
- MAXIMA. Y á mis años el mas pequeño disgusto...
- CONDE. (*Aparte, soltando la mano.*) Caramba! Ya me olvidaba de los años.
- MAXIMA. Ay! Quién pudiera volver á aquellos tiempos felices de nuestra juventud!
- CONDE. Para qué? Yo soy ahora mas dichoso que nunca. Procuro no desperdiciar lo presente, y me regocijo con el recuerdo de lo pasado.—Tengo una memoria! Aún me parece estar viendo á usted con aquel peinado heroico, llamado la batería de Riego...
- MAXIMA. Aquel peinado no era para todas.
- CONDE. En efecto, tenía usted un pelo magnifico.
- MAXIMA. Es de las pocas cosas que conservo, á Dios gracias.
- CONDE. Y qué me dice usted de aquellos vestidos á la polaca, cortos y estrechos, con el talle por debajo del brazo y el escote dos dedos mas arriba del talle?
- MAXIMA. Qué quiete usted que le diga? Entonces no se daba gato por liebre. La que era bien formada...
- CONDE. Como usted.—Ah! Estaba usted encantadora. Parecia usted la Venus de Médicis. Un cutis de alabastro, y unos piecitos que no los vió mas pequeños el emperador de la China.
- MAXIMA. (*Enachando el pie con coqueteria.*) Lisonjerol...
- CONDE. Lo que está á la vista... Por fortuna no tengo que atestiguar con difuntos.
- MAXIMA. (*Retirando el pie.*) Curioso!...—La blancura y las dimensiones se defienden talcualillamente de las injurias del tiempo.
- CONDE. Así me defendiera yo... de los ojos de usted!
- MAXIMA. Libertino! (*La Condesa aparece en el foro.*)
- CONDE. Divino! (*Besando la mano de doña Maxima.*)
- MAXIMA. (*Con coqueteria.*) Vamos, tenga usted juicio.

CONDE. (*Suspirando.*) Ay!

MAXIMA. (*Viendo venir á la Condesa y levantándose.*) La Condesa! (*Aparte.*) Si habrá observado?..

CONDE. (*Aparte.*) Llega á tiempo. Si tarda un poquito mas, me desboco.

ESCENA V.

LOS MISMOS y LA CONDESA. Después SANTIAGUILLO.

MAXIMA. Y bien, qué tenemos, amiga mia?

CONDESA. Que no se le encuentra por ninguna parte.

MAXIMA. Lo que dije: se ha marchado; se ha salido á la calle!..

CONDESA. Es seguro: no queda ya nadie en los salones.

MAXIMA. Triste de mí! Dios sabe dónde se encontrará á estas horas mi niño!

CONDE. En su casa de usted.

MAXIMA. Imposible! Si es una criatura, si no ha salido solo! ¡Jamás.

CONDE. Entonces no hay que apurarse: le pondremos en el *Diario de avisos*. A mí se me perdió una perrita...

MAXIMA. Qué tiene que ver la perrita?..

CONDESA. Calma, calma. Tú habrás venido en algun carruaje?

MAXIMA. Ciertó: en uno de alquiler que ha debido volver á la una por mí.

CONDESA. Pues bien, son las dos y no queda á la puerta otro que la berlina de mi marido.

MAXIMA. Y eso qué prueba?

CONDESA. No prueba nada, pero induce á creer que tu hijo se ha hecho conducir en el coche que estás esperando.

MAXIMA. Es posible. Yo le dí á guardar la tarjeta...

CONDE. Pronto saldremos de la duda. Mis yeguas son poderosas, y en un instante voy á dejar á usted en su casa.

MAXIMA. Tanta molestia!

CONDESA. Qué molestia? No te dije que va al casino todas las noches?

MAXIMA. Entonces, acepto.

CONDESA. (*A Santiaguillo que aparece con un abrigo y un sombrero.*) Qué hay?

SANT. Nada: el abrigo de esta señora y el sombrero del señorito.

CONDESA. Has preguntado al portero?

SANT. Si, señora, preguntéle ahora mismo.
CONDESA. Y qué ha dicho?
SANT. Díjome que ha visto salir muchos jóvenes.
MAXIMA. Se trata de un niño.
SANT. Díjome que niños también.
MAXIMA. Pero muy chiquitito, muy chiquitito...
SANT. De todos tamaños.
CONDE. No perdamos el tiempo.
MAXIMA. Es verdad: vamos. Adios, Condesa.
CONDESA. Adios, amiga mía. (*Vanse el Conde y doña Máxima.*)

ESCENA VI.

INOCENCIO, dentro del balcon. LA CONDESA, SANTIAGUILLO.

SANT. Cierro los balcones?
CONDESA. Este no. Hace un calor insupportable.
SANT. Paréceme que tendremos tronada.—Llamaré á la doncella?
CONDESA. Tampoco. No me pienso acostar todavia.—Oye. Cuidado con las luces.
SANT. Descuide usia: todo quedará como debe.
CONDESA. Vete, y cierra esa puerta.
SANT. Que pase usia muy buena noche. (*Váse por la puerta del foro, cerrándola.*)

ESCENA VII.

INOCENCIO, dentro del balcon. LA CONDESA. *Esta se sienta delante del espejo, se desadorna la cabeza, y se aligera ó descubre algun tanto, segun lo permitan el decoro y condiciones del traje.*

CONDESA. Que pase buena noche!... No puede ser. Es tal el aturdimiento que me producen estas reuniones, que necesito dos horas de soledad para conseguir algun descanso. Y creerán muchos que esta corte semanal forma mis delicias, que derramo el oro por cáculo!... Qué locura! Divierto para aburrirme, y obsequio para que murmuren.—Hola! viento, lluvia..... No se equivocó Santiaguillo.—Cerrarémos el balcon, antes que se desarrolle la tormenta. (*Al llegar cerca del balcon da un resplámpago; se presenta Inocencio con la gorra puesta, coño-*

liento y desalumbrado, y la Condesa retrocede despavorida hasta la consola.)

INOCENC. (*Estornudando.*) ¡Chriss!...

CONDESA. ¡Jesus! ¡Jesus!

INOCENC. (*Quitándose la gorra.*) Dios se lo pague á usted.

CONDESA. Quién es este hombre?... Qué quiere usted aquí?... Salga usted inmediatamente de aquí.

INOCENC. (*Asustado y dejando caer la gorra en el suelo.*) Señora... yo... Yo no quiero nada... Yo no he hecho nada para que usted se incomode de esa manera.

CONDESA. (*Reconociéndole.*) Inocencio!

INOCENC. (*Cobrando ánimo.*) El mismo... Inocencio. Ha visto usted á mi mamá?

CONDESA. No le perdono el susto que me ha dado, si cien años vivo.

INOCENC. (*Aparte.*) No lo he recibido yo flojo.

CONDESA. Pero, qué significa esto?

INOCENC. Qué significa esto?

CONDESA. (*Irritada.*) Vamos.

INOCENC. Esto significa... Qué sé yo lo que significa?

CONDESA. Escondirse dentro de mi cuarto para salir á media noche!...

INOCENC. Pues habia de salir al amanecer?

CONDESA. Para burlas estamos.

INOCENC. No, señora; si yo no me burlo.

CONDESA. En efecto: voy sospechando que el asunto es mas serio de lo que parece. Voy creyendo que no es usted ni tan cándido ni tan niño como su madre nos ponderaba.

INOCENC. En eso tiene usted razon que le sobra; y si le queda á usted alguna duda...

CONDESA. Qué descarado!

INOCENC. Estoy harto de que me traten como á un chiquillo.

CONDESA. Acabemos de una vez. Qué hacia usted dentro de ese balcón, caballero?

INOCENC. Quiere usted saber lo que hacia dentro de?...

CONDESA. Quiero saber el objeto de su escondite.

INOCENC. (*Con embarazo.*) El objeto de mi escondite?

CONDESA. (*Aparte.*) Se turba. (*Con severidad.*) Y pronto.

INOCENC. (*Aparte.*) Qué mal genio tiene esta mujer!

CONDESA. No entiende usted lo que le digo?

INOCENC. Si señora. El objeto de... Mire usted, el objeto era ocuparme en lo que me ocupaba, y yo estaba ocupado

en dormir.

CONDESA. En dormir?

INOCENC. Créame usted: he dormido como un lirón, y no me hubiera despertado tan pronto á no ser por la lluvia.

CONDESA. Dormido!... Y doña Máxima que le buscaba como una loca por todas partes. ¡Já! ¡já!...

INOCENC. (Ap.) Se rie. ¡Já! ¡já!... Tiene buen genio esta señora. Y qué guapa es!

CONDESA. Pues su madre de usted se ha marchado.

INOCENC. (Muy afligido.) Será posible?

CONDESA. Qué había de hacer cuando todos se retiraban y usted no parecía?

INOCENC. Y por qué no me han dado una voz? Con una voz que me hubiesen dado... Inocencio!... Inocencio!...

CONDESA. (Ap.) Pobrecillo! Sin razon he sospechado de él.

INOCENC. (Aburrido.) Lo que á mí me sucede... Pero ya no tiene remedio. (Decidido y recogiendo la gorra del suelo.) Hágame usted el obsequio de mandar á un criado que me acompañe hasta mi casa.

CONDESA. Ahora mismo. Ya es razon que se tranquilice su madre de usted. (Se dirige hacia el tirador de la campanilla y se detiene pensativa.)

INOCENC. (Ap.) Que se tranquilice! No la veré yo tranquila tan pronto como fuera de desear. La tunda de pellizcos que me espera se la daría grátis al mas pintado.

CONDESA. (Hablando consigo misma.) Diga doña Máxima lo que quiera, el niño es tan hombre como su padre.

INOCENC. Qué decía usted?

CONDESA. (Id.) Cómo se combinan las cosas!... Si hubiera permitido á Santiago cerrar el balcon...

INOCENC. Hablaba usted conmigo?

CONDESA. Amiguito, yo no sé cómo salir del atolladero.

INOCENC. Pues qué, no se puede abrir esa puerta? (Por la del foro.)

CONDESA. Fácilmente. Pero qué pensará mi familia cuando vea salir á estas horas un jóven que ha estado, al parecer, escondido dentro de mi cuarto?

INOCENC. Yo no sé lo que pensará.

CONDESA. Cómo hacer creer á ninguno de mis criados que no es una farsa lo del sueño dentro del balcon?

INOCENC. Pues, no basta que yo lo diga?

CONDESA. No basta, no basta. Supondrán otra cosa.

INOCENC. Y qué supondrán?

CONDESA. Supondrán que yo... que usted...

INOCENC. Bueno: que los dos... Adelante.

CONDESA. A qué explicar á usted lo que no puede ni debo comprender todavía?

INOCENC. Haga usted lo que le parezca.

CONDESA. Hasta la circunstancia de no haber llamado á mi doncella se interpretará maliciosamente. Nada; no puede usted salir de mi casa.

INOCENC. Corriente: si usted quiere que me quede aqui dentro hasta la mañana, me quedaré. A bien que una mala noche pronto se pasa. (*Tomando una silla para sentarse.*)

CONDESA. Oh! eso de ninguna manera.

INOCENC. Pero, si yo me acomodo sobre cualquiera parte. Ya lo ha visto usted; sobre los hierros he dormido como si tal cosa.

CONDESA. Imposible; imposible! En amaneciendo todo el mundo se enterará... Es necesario que salga usted inmediatamente de aqui.

INOCENC. Mejor que mejor. Que usted pase muy buena noche. (*Se dirige á la puerta del foro.*)

CONDESA. (*Interponiéndose precipitadamente.*) No, por aqui no!

INOCENC. Usted perdone; como yo no conozco la casa. (*Se dirige á la puerta de la izquierda.*)

CONDESA. Caballero, esa es la puerta de mi alcoba.

INOCENC. Pues yo no encuentro otra salida. Quiere usted que me tire por el balcon?

CONDESA. Qué feliz ocurrencia!

INOCENC. No señora, no tiene nada de feliz.

CONDESA. Quiero decir, que si le fuese á usted posible descender hasta la calle por el balcon sin riesgo ninguno, estaba resuelta la dificultad. Con que quiere usted que probemos, amigo mio?

INOCENC. Déjese usted de probaturas.

CONDESA. Por favor!

INOCENC. Usted quiere que me desnuke? Mire usted... (*Señalando en direccion del balcon.*) y que me reciba el sereno con aquel chuzo que tiene en la mano?

CONDESA. Es verdad. Vamos, si yo no sé lo que me digo!.... (*Se pasea con agitacion.*) Pero es preciso buscar un medio, un medio...

INOCENC. (Ap.) Que me descuelgue por el balcon!... Esta mujer me tiene odio y mala voluntad...

CONDESA. (*Encontrándose cara á cara con Inocencio.*) Alma de Dios, discurra usted algo; usted que tiene la culpa de cuanto nos está sucediendo!

INOCENC. (*Azustado del apóstrofe.*) Y qué quiere usted que discurra?

CONDESA. (*Con vehemencia.*) Un recurso eficaz, una buena salida...

INOCENC. Si para mí son todas buenas, exceptuando la del balcon.

CONDESA. (*Vuelve á pasear enfurecida. Inocencio la sigue.*) No tiene él la culpa, sino yo que pido consejos á un chiquillo.

INOCENC. Chiquillo!... Usted me agravia de una manera que yo no merezco.

CONDESA. Preferiria que fuese un don Juan Tenorio! Siquiera tendria el consuelo de hacerme entender.

INOCENC. Pero si usted no quiere que nos entendamos...

CONDESA. Déjeme usted en paz. (*Se arroja sobre el vis-á-vis y apoya la frente en una de sus manos con abatimiento.*)

INOCENC. (Ap.) Yo quisiera saber qué le he hecho ó qué le he dejado de hacer á esta buena señora para que se irrite de tal modo.

CONDESA. Vaya una noche divertida!

INOCENC. (Ap.) Si la pudiera contentar. (*Se adelanta con timidez y silenciosamente hasta llegar al vis-á-vis.*) Sigue usted incomodada conmigo?

CONDESA. Si señor.

INOCENC. Lo siento. (*Después de una pausa se aproxima un poquito mas.*) Y no quiere usted que hagamos las amistades?

CONDESA. Yo no soy enemiga de usted.

INOCENC. (*Sentándose en la banquetilla del vis-á-vis á los pies de la Condesa.*) Pues entonces, ya que me trata usted como á un niño, sea usted tan bondadosa para conmigo como buena madre.

CONDESA. (*Alargándole una mano que Inocencio estrecha y no abandona.*) Oh! eso sí.

INOCENC. Y me llamará usted chiquillo?

CONDESA. No, si lo toma usted por ofensa.

INOCENC. (*Besando la mano de la Condesa.*) Gracias... gracias!... Tengo diez y ocho años!

CONDESA. (*Retirando la mano con prontitud.*) Diez y ocho años!...

INOCENC. Vea usted, y no quiere mi madre que sea nacional...

Pues no soy tan niño como á mi madre se le figura.

CONDESA. (Ap.) Puede ser.

INOCENC. Cuando estábamos en Valladolid vivia al lado de nuestra casa una muchacha muy bouita, muy bonita...

CONDESA. Hola!

INOCENC. Y ahora observo que se parecen ustedes como dos gotas de rocío.

CONDESA. De veras?

INOCENC. No hay mas: cuando miro á usted se me figura que la estoy viendo á ella. Los mismos ojos, tan halagueños; la misma boquita, tan graciosa; el mismo cuello tan redondo; el mismo...

CONDESA. (Cubriéndose con la manteleta que está sobre el vis-á-vis.) Basta, basta...

INOCENC. Tomal si se cubre usted con la manteleta, cómo ha de seguir explicando en lo que se parecen ustedes?

CONDESA. No es necesario.

INOCENC. Pues bien; como mi madre no me dejaba salir de casa, yo me entretenia en hacerle señas á la vecina.

CONDESA. Diantre!

INOCENC. A poco charlabamos de balcon á balcon; luego me colé una tarde en su huerto para poder hablar mas cerquita...

CONDESA. (Ap.) El inocente!...

INOCENC. Y luego .. (Con sentimiento.)

CONDESA. Hay mas todavía?

INOCENC. Si, señora: hay que á lo mejor me trajo mi señora madre á la corte.

CONDESA. Es lástima que no le dejase á usted por allá.

INOCENC. Qué se ha de hacer? En cambio me hago finjo la ilusión de que estoy pasando una noche entera al lado de mi vecina, y se va lo uno por lo otro.

CONDESA. (Levantándose con enfado.) Caballerito!... (Ap.) Solo faltaba que me hiciese el amor!

INOCENC. Volvemos á las andadas? Otro regaño?

CONDESA. Acaba usted de recordarme lo que no he debido olvidar un solo momento.

INOCENC. Está visto; no se parece usted en el genio á la otra. Era tan amable, tan condescendiente...

CONDESA. Nada me importan sus cualidades: lo que yo necesito, antes que amanezca, es...

INOCENC. (Levantándose.) Ya me lo figuro; lo que usted necesita

es dormir. Acuéstese usted.

CONDESA. (*Con ira reconcentrada.*) Muchas gracias por el consejo.

INOCENC. Y si cree usted que le puedo ser útil en algo...

CONDESA. (*Como antes.*) Muchas gracias por el ofrecimiento.

INOCENC. Sin ceremonia.

CONDESA. (*Ap.*) Le mataría!

INOCENC. A mamá le desabrocho yo el vestido muchísimas noches.

CONDESA. (*Con severidad.*) A mí me sirve mi doncella.

INOCENC. Siento no poder reemplazarla en esta ocasión.

CONDESA. (*Ap.*) Maldito!... Oh! qué idea! (*Alto.*) Por fin ha tenido usted un buen pensamiento.

INOCENC. Quiere usted que la desabroche?

CONDESA. No señor. Quiero... Pronto sabrá usted lo que quiero. Vuelvo al instante. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

INOCENCIO.

Con que he tenido un buen pensamiento?... Pues no acierto qué pensamiento será ese. Yo la he rogado que se acostase... que dispusiese de mi persona... No, esto no tiene nada de particular: se le ocurre á cualquiera lo mismo que á mí.

ESCENA IX.

INOCENCIO, LA CONDESA; *que trae una bata, un abrigo y un sombrero con velo, prendas de señora.*

CONDESA. No deseaba usted sustituir á mi doncella?

INOCENC. Deseo dar á usted gusto en todo lo que esté á mis alcances.

INOCENC. Perfectamente. Exijo de usted un servicio análogo.

CONDESA. Un servicio análogo?...

CONDESA. Va usted á salir á la calle vestido de mujer.

INOCENC. Comprendo. Quiere usted llevarme á las máscaras...

CONDESA. Por Cristo!...

INOCENC. Cambiarémos de traje. Usted se pone mis pantalones y mi chaqueta, y yo...

CONDESA. No hay paciencia!—Oigame usted y comprenda lo que le digo una vez tan siquiera.

INOCENC. Hable usted. (Ap.) Esta mujer no tiene el juicio muy cabal que digamos.

CONDESA. Mi marido debe llegar de un momento á otro.

INOCENC. Que sea enhorabuena.

CONDESA. Es muy iracundo, muy violento!... (Ap.) Le asustarémos.

INOCENC. Ya!... (Ap.) Será loco tambien.

CONDESA. Y si le ve á usted por aquí...

INOCENC. Es claro.

CONDESA. Con que vistase usted inmediatamente, y le llevarán á su casa. Tratándose de una señorita, ni mis criados podrán sospechar lo mas mínimo, ni me será difícil justificar su detencion de usted en mi cuarto.

INOCENC. (Ap.) Cúspita, cómo se parece á la otra!

CONDESA. Qué resuelve usted?

INOCENC. Haga usted de mí lo que le parezca.

CONDESA. Pues entonces, primero la bata. (*Le dá la bata.*)

INOCENC. (*Tomándola.*) No me ha traído usted un miriñaque?

CONDESA. Para qué? Lo que importa es que se despache usted pronto.

INOCENC. Manos á la obra. (*Empez a meterse la bata por los pies.*)

CONDESA. No, no: por la cabeza.

INOCENC. Lo mismo da. (*Vá á ponérsela por la abertura superior.*)

CONDESA. Tampoco es eso. Por la falda.

INOCENC. Vamos, como usted no me emperejile, lo que es yo...

CONDESA. Venga usted acá. (Ap.) Qué remedio? (*Deja las demas prendas sobre una silla y le pone la bata.*)

INOCENC. Usted sí que me va á servir de doncella...

(*Cubierta la cabeza, extiende los brazos hácia adelante, buscando las mangas, y tropieza con la Condesa.*)

CONDESA. Dónde va usted á parar con las manos?

INOCENC. Qué sé yo, si me tiene usted tapados los ojos?

CONDESA. (*Después de haberte metido la bata.*) Levante usted los brazos.

INOCENC. (*Poniéndose en cruz.*) Así?

CONDESA. (*Trayendo los cordones de atrás adelante.*) Así.

INOCENC. (Ap.) Cúspita! Es mas bonita que la otra.

CONDESA. Ahora el abrigo. (*Le pone el abrigo.*)

INOCENC. Voy á sudar lo mismo que un pollo.

CONDESA. El sombrero. (*Se lo pone.*)

INOCENC. Qué olorillo tan agradable tienen las prendas que me acaba usted de poner!

CONDESA. (*Atándole las cintas del sombrero por debajo de la barba.*) Estése usted quieto.

INOCENC. Si me está usted haciendo cosquillas.

CONDESA. Hemos concluido.

INOCENC. Tan pronto!...

CONDESA. (*Tirando del cordón de la campanilla.*) No hay que perder un solo momento.

INOCENC. Qué hace usted?

CONDESA. Llamar para que venga un criado.

INOCENC. Poco á poco!—De voras me van á llevar en seguida á mi casa?

CONDESA. Si señor.

INOCENC. Y sabe usted lo que hará mi madre, que debe estar de buen humor, cuando me vea entrar vestido de moji-ganga á las tres de la noche?

CONDESA. Lo extrañará...

INOCENC. No, señora, no lo extrañará. Me desollará vivo!

CONDESA. Ya le explicaré yo mañana la causa de todo.

INOCENC. No, señora, no tendré yo fuerzas suficientes para esperar á que usted se lo explique. Me quedo. (*Sentándose.*)

CONDESA. Así cumple usted su palabra?

INOCENC. Me quedo. Puede usted desnudarme cuando lo tenga por conveniente.

CONDESA. No calcula usted á lo que se expone y me expone con semejante determinación?

INOCENC. Y tanto si calculo. Prefiero que usted me desnude á que me desnude mi madre.

CONDESA. Digna conducta de un caballero! Anteponer su comodidad al decoro de una señora!... Haga usted lo que quiera. Tenga la interpretación que tuviere, yo diré á todos que se ha escondido usted en mi cuarto como pudiera hacerlo un ladrón.

INOCENC. (*Levantándose incomodado.*) Eh!... Yo no le he quitado á usted nada. ¿Quién me ha detenido aquí dentro? Quién me ha disfrazado con estos arrequives? Y por qué?

CONDESA. Porque mi marido es... muy celoso. Porque no sospechará él ni mi familia que era usted mi... mi amante. Lo entiende usted ahora?

INOCENC. Hablára usted para mañana! Eso varía de especie. Por qué no me lo dijo usted al principio?

CONDESA. Porque supuse que no lo podía usted comprender.

INOCENC. Pues no le he contado lo de la chica de Valladolid?

CONDESA. Es decir que está usted resuelto á marcharse?

ESCENA X.

LA CONDESA, INOCENCIO, SANTIAGUILLO, *por la puerta del foro.*

SANTIAG. Perdona usía si no he venido mas pronto. Acaba de llegar el amo y le estaba abriendo la puerta.

CONDESA. (*Ap.*) Mi marido!

CONDE. (*Dentro.*) No se detenga usted, doña Máxima!

INOCENC. (*Ap.*) Mi madre!

CONDESA. (*Ap.*) Todo se ha perdido!

INOCENC. (*Ap.*) Aquí fué Troya!

CONDESA. (*A Santiaguillo.*) Vete.

SANT. (*Aparte, yéndose.*) Por donde habrá entrado esta joven?
(*Váse.*)

CONDESA. (*Bajando el velo del sombrero que tiene puesto Inocencio.*)
Ese velo...

ESCENA XI.

LA CONDESA, INOCENCIO, DOÑA MAXIMA *muy abatida*, EL CONDE.

MAXIMA. (*Arrojándose en los brazos de la Condesa.*) Ay, amiga mial..

CONDE. (*Aparte, reparando en Inocencio.*) Quién será? (*Saludándole.*) A los pies de usted.

CONDESA. Pero qué desconsuelo es este?

MAXIMA. Que he perdido toda esperanza de encontrarle!

CONDE. Efectivamente, hemos preguntado á los serenos y barranderos de estos alrededores y ninguno le ha visto.

CONDESA. Se trata del niño?

MAXIMA. De mi niño, que no parece por ningún lado!

CONDESA. No era fácil que pareciese.

MAXIMA. Qué dices?

INOCENC. (*Aparte.*) Ahora se lo descubre todo. Me alegro.

MAXIMA. Espícate, por Dios!..

CONDESA. El niño se refugió en casa de tu hermana.

MAXIMA. Es posible?

INOCENC. (*Aparte.*) Otro enredo?

CONDESA. Ella misma acaba de mandarme un recado, suponiendo que estabas aquí.

- MAXIMA. Ay!.. No sabes el peso que me quitas del corazon.
- INOCENC. (*Aparte á la Condesa.*) Por qué no le ha dicho usted la verdad?
- CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) No ve usted que está mi marido delante?
- MAXIMA. Me marchó, Condesa. El escarmiento debe seguir inmediatamente al delito; y antes que se me pase la ira...
- CONDE. Quién piensa ahora en castigar una travesura tan leve?
- MAXIMA. Cómo leve? Cuando le pille entre mis manos!..
- INOCENC. (*Aparte á la Condesa.*) Oye usted lo que dice?
- MAXIMA. Oh!... Pues ha de pagarme con usura lo que me ha hecho sufrir esta noche. Es un infame, un libertino...
- INOCENC. (*Aparte.*) Aprieta, aprieta.
- CONDESA. (*Aparte á doña Máxima.*) Modérate: hay personas extrañas. (*Señalando á Inocencio.*)
- MAXIMA. (*A Inocencio.*) Usted perdone este desahogo, señorita; no habia reparado al entrar...
- CONDE. Yo sí, y creo reconocer á esta señorita á pesar del velo.
- CONDESA. Hoy ha favorecido por primera vez nuestra reunion.
- CONDE. Y qué causa nos proporciona la dicha de que se encuentre aqui todavia?
- CONDESA. Se indispuso; fué necesario que reposara; durmió efectivamente...
- INOCENC. (*Aparte.*) Y tanto! Ojalá no me hubiese dormido.
- CONDE. Pero segun veo, trata de salir á la calle.
- CONDESA. Se ha repuesto del todo.
- CONDE. El sereno de la noche no es bueno...
- CONDESA. Su familia estará con cuidado.
- CONDE. Se avisa.
- CONDESA. Ha formado empeño en marcharse.
- CONDE. Si es empeño voy á conducirla yo mismo.
- CONDESA. (*Aparte.*) Qué apuro!
- CONDE. (*Aparte.*) No me quedo yo sin ver esta cara.
- CONDESA. Perdona...
- CONDE. Estoy á las órdenes de usted, señorita.
- CONDESA. (*Después de alguna duda.*) No: doña Máxima me hará el obsequio de dejarla en su casa. Vive en la misma calle.
- MAXIMA. Con sumo gusto.
- INOCENC. (*Aparte.*) Diablol
- CONDE. (*Aparte.*) Reniego de...

CONDESA. Es lo mas conveniente.

INOCENC. (*Aparte á la Condesa.*) A eso llama usted conveniente, señora? Mire usted que canto de plano.

CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) Haga usted este sacrificio por mí.

MAXIMA. Nos vamos?

CONDESA. (*Aparte á Inocencio, tomándole de la mano.*) Valor!

INOCENC. (*Aparte á la Condesa.*) Misericordia!

CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) Duda usted todavía?

INOCENC. (*Aparte á la Condesa, con resolucion.*) No, señora, me marchó. No quiero que diga usted que soy un chiquillo. (*Se dirige hácia el foro.*)

CONDE. (*Aparte.*) He perdido la ocasion mas bonita!...

INOCENC. (*Retrocede. Aparte á la Condesa.*) Deme usted un abrazo por si no nos volvemos á ver!

CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) Usted abusa de mi situacion, caballero.

INOCENC. (*Aparte á la Condesa.*) No tal. Bien sabe usted que las amigas se despiden de otra manera.—No merezco un abrazo?

CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) Oh! si, y mi eterno agradecimiento. (*Se abrazan.*)

CONDE. (*Aparte.*) Quién pudiera ocupar el lugar de mi esposa!

MAXIMA. Señoras, que es tarde.

CONDESA. (*Aparte á Inocencio, separándose de él.*) Adios.

INOCENC. (*Aparte.*) Ya sonó el último cañonazo de leval... Me voy á desmayar... me ahogó!... (*Estando vuelto de espaldas á doña Máxima se levanta un poco el velo para respirar mas libremente, y se encuentra cara á cara con el Conde, que ha cambiado de sitio para atisbarle.*) Ah!... (*Vuelve el rostro hácia el lado opuesto con rapidez, y doña Máxima le reconoce.*) Oh!...

MAXIMA. (*Con voz ahogada.*) Mi hijol...

CONDE. (*Aparte.*) Huy, qué muchacha tan linda!...

MAXIMA. Me habré equivocado?...

CONDESA. (*Que se ha puesto al cabo de todo; corre al lado de doña Máxima. Aparte.*) Calla, por Dios. Mañana te explicaré lo que pasa.

MAXIMA. (*Furiosa.*) Yo no puedo callar.

CONDESA. (*Aparte á doña Máxima.*) Te lo ruego!...

MAXIMA. Mire usted dónde estaba el niño perdido!

CONDESA. (*Aparte á doña Máxima.*) Prudencial!...

CONDE. (*Aparte.*) Pues yo he de averiguar dónde vive.

INOCENC. (*Aparte.*) Que no me tragara la tierra!

MAXIMA. Y se abrazaban en mis bigotes!...

CONDESA. (*Aparte á doña Máxima con dignidad.*) Máxima, quieres que se imagine mi esposo...

MAXIMA. Bien decias: en ninguna parte faltan maestros!

CONDESA. (*Aparte á doña Máxima, con intencion.*) Ni discípulas que se dejan besar la mano por mi marido!

MAXIMA. (*Aparte y anonadada.*) Nos cogió en el garlito!

CONDESA. (*Aparte á doña Máxima.*) Guárdate de castigar al muchacho. Está inocente de todo, y es menos hipócrita que tú.

CONDE. (*A Inocencio.*) Deseo que no tenga malas resultas el accidente de esta noche.

INOCENC. (*Aparte.*) Yo tambien lo deseo!

CONDESA. (*Aparte á Inocencio.*) No se detenga usted.

MAXIMA. (*Aparte.*) Mas secretitos? (*Interponiéndose bruscamente entre la Condesa y su hijo y cogiendo á este por el brazo.*) Déme usted el brazo; señorita. (*Aparte á Inocencio.*) ¡Incuo!...

CONDE. (*Interponiéndose entre doña Máxima y su hijo y cogiendo á este por el brazo.*) Usted perdone, doña Máxima; me corresponde acompañar á esta señorita hasta la puerta.

MAXIMA. (*Cambiando de puesto y cogiendo la otra mano de su hijo.*) Pues yo no le abandono.

CONDESA. (*Colocándose al lado de doña Máxima. Aparte á esta.*)

(Para llevar chaqueta ya es talludito.)

MAXIMA. (*Ap. á la Condesa.*) (Otros que peinan cañas parecen niños.)

CONDE. (*A Inocencio.*) Vamós, señoras?

CONDESA. (*A doña Máxima.*) Todos, hija, tenemos faltas y sobras.

INOCENC. (*Dirigiéndose al público.*)

Por si no hicieron gracia mis candideces,
gracia os pide, señores,
un inocente.

No hay que negarla,
pues á mas de ser niño
llevo ahora faldas.

FIN DE LA COMEDIA.



~~19136~~ 73681